

Beatriz Castela

Cáceres, 1985

Tras doctorarse en Bellas Artes por la Universidad de Salamanca (2013), completa su formación en centros como Tate Britain (Londres) y a través de residencias artísticas como las desarrolladas en la Escuela de Arte y Diseño LJMU, Liverpool (2013), o en LaboratoriB de Es Baluard, Palma de Mallorca (2016-2017). Partiendo de referentes como Joseph Albers, Johannes Itten, James Turrell, Olafur Eliasson o Elena Asins y desde una hibridación de medios y conceptos, Beatriz Castela crea obras visualmente sencillas en las que investiga los complejos fundamentos de la imagen digital y sus posibles traducciones objetuales y perceptivas. Sus trabajos han podido verse en centros e instituciones como el Museo Vostell Malpartida; Museu Nacional de Évora; Centre del Carme Cultura Contemporània de Valencia o en diferentes espacios de La Habana, Bogotá o Ciudad de México. Entre sus últimas exposiciones individuales cabe destacar las celebradas en el Museo de Guarda (2018); Sala Pintores, Cáceres (2018); Sala Europa, Badajoz, y Galería Espacio Olvera, Sevilla (2017). Su obra se encuentra representada en colecciones públicas y privadas, como en la Fundación Centro Internacional de la Estampa Contemporánea, en la Colección Permanente de Artes Visuales Fernando Ortiz (Cuba) y en el Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert.

Ana H. del Amo

Cáceres, 1977

Estudia Bellas Artes en la Universidad de Barcelona (2002), completando su formación a través de becas y residencias artísticas, como las desarrolladas en la Academia de España en Roma (2005), en Casa Velázquez, Madrid (2017) o a través de la Fundación Pollock-Krasner, Nueva York (2019). Influida por artistas como Pedro Cabrita Reis, Ángela de la Cruz, Richard Tuttle, Franz West o Susana Solano, Ana H. del Amo crea post-estructuras intuitivas que oscilan entre las dos y las tres dimensiones, en las que extrae, con una radicalidad lúdica, las posibilidades expresivas del color, la forma y los materiales. Además de participar en ferias como Volta (Basilea), Swab (Barcelona), Drawing Room o Estampa (Madrid), ha mostrado sus trabajos en múltiples exposiciones colectivas. Entre sus últimas muestras individuales destacan las celebradas en la Asociación Lizlinar, Fundão (2018); Galería Javier Silva, Valladolid (2018), Galería Fran Reus, Palma de Mallorca, Galería Rafael Pérez Hernando, Madrid y Set Espai D'art, Valencia (2016); Parlamento de Extremadura (2014), o Galería 102-100, Castelo Branco (2012). Su obra se encuentra representada en colecciones públicas y privadas, entre otras, en

las colecciones DKV, Nocapaper o en la colección del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Discontinuo. El espacio de una unidad excéntrica

Miguel F. Campón

¿Cómo hacer coincidir dos tiempos, dos espacios, dos modos de ver y articular el mundo? Tal vez sea necesario reconocer que existen islas autónomas de diferencia que no pueden ser sintetizadas. Reunirlas en una sala de exposiciones quizá habilite un tipo alternativo de unidad. Es el caso de la exposición *Discontinuo*, integrada por piezas de Ana H. del Amo y Beatriz Castela que convierten la Galería Kernel en un tercer espacio, en una zona fragmentaria sin continuidad gramatical, abierta a saltos, a interrupciones lingüísticas, a sorpresas visuales y a giros estéticos inesperados. *Discontinuo* concibe la reunión de dos artistas dispares como un encuentro estructuralmente dislocado. Metacrilatos, vidrios, maderas de colores, geometrías y post-geometrías son como pasajeros desconocidos que coinciden en una superficie de-construida de imágenes descarriladas y cambios metamórficos imprevisibles. ¿Qué sucede cuando nos deslizamos por los instantes amigos de una extraña y heterogénea topología?

Hablar de Ana H. del Amo es renunciar a construcciones metafísicas. Sus piezas, más que materializar ideas preconcebidas, nacen de intuiciones radicales, y se plantean como una actitud estética a la hora de resolver problemas de manera ingeniosa. En las piezas que aparecen en *Discontinuo* el concepto de la estructura del bastidor tradicional es alterado, abriéndose a formas asimétricas que permiten una elasticidad poética de la geometría. La moldura se deshace en una ingenuidad pre-matemática, como si la expresividad hubiera producido un derretimiento de los conceptos o un ablandamiento sensual de la Modernidad. Y es que para Ana H. del Amo el acto creativo es un experimento con la totalidad que se hace sin miedo, una recepción alegre y energética de lo no finito. Un proceso que potencia el dinamismo excéntrico y democrático del color y la forma. El material, en este caso la madera, es una puerta siempre abierta donde queda registrada la huella gestual de la artista, como si en una pincelada al óleo las cosas comenzaran a ser sinceras e inexactas, transitando por planos que pasan de lo rugoso a lo suave, de lo cálido a lo frío, de la proximidad a la lejanía. El dibujo tridimensional compone una curva donde el metacrilato cae con una gravedad nueva y singular. Sin raíz, flotan ante nosotros el amarillo, el naranja, como si la ciencia de la luz hubiera llegado a ser una fluorescencia del ánimo o una pigmentación del espacio libre. El comienzo de un pensamiento puede pintarse del color de la fruta, como si un zumo optimista e

inocente cayera sobre las cosas sin estructura, con naturalidad. ¿No son asimétricos el tiempo más frágil, las horas más grandes y las acciones más pequeñas?, parece preguntarnos Ana H. del Amo. Mientras intentamos responder, el ser limpia su pensamiento para salir, feliz, al exterior.

En Beatriz Castela existe un nítido cuestionamiento conceptual sobre las imágenes, articulado en dos movimientos deconstructivos: la materialización de lo virtual y la digitalización de lo real. Sus piezas, de apariencia sencilla, hablan de la complejidad de lo visible, y presentan con una pulcritud amable y tranquilizadora el regreso desde una máxima nada iconográfica. En *Discontinuo* pueden verse una serie de trabajos donde las estructuras geométricas sólidas se descomponen, pasando de la certeza visual a un desbordamiento silencioso de la percepción. En ellas el píxel inmaterial se convierte en un objeto poéticamente desprotegido, abierto a mutaciones materiales: puede parecerse a un cuadrado de seda fluorescente, lograr que los códigos informáticos se vuelvan esencias esponjosas de color o permitir que la luz atraviese las cosas. También puede tocar el sonido imprevisible del mundo y desbloquear la vibración del acontecer. A veces sus superficies de cristal son pantallas que guardan, como un reloj de arena, átomos nuevos necesitados de tiempo, donde las unidades inalterables se desmontan en una espuma de instantes rotos por la espontaneidad del error. ¿Existe un modo más sabio de pensar, hoy, la materia, que concebirla como una tierra grisácea cultivada con *glitches*? Beatriz Castela indica, silenciosamente, que todo puede suceder, que las estridencias aleatorias del sistema pueden llegar a interferir en el espacio físico que habitamos, hasta hacer de nosotros una masa de sensaciones anónimas que, más allá del espejo, adquieren la libertad de vivir el aquí y el ahora como un evento reversible de descontrolada levedad.

En *Discontinuo* el espacio es un extranjero que no puede aprehender la frontera antigua y espontánea de las imágenes. Traducir el idioma de su unidad excéntrica supondría aceptar un error / en el centro de todo el lenguaje / un salto / en el centro ausente de esta frase, y decir que este texto es una superficie pixelada, o que estos-
guiones-son-clavos-que-han-estado-sosteniendo-las-palabras-transparentes-entre-sí.